

### **Carta pública para Antonieta Rodríguez Paris**

La Toña de Llanquihue acaba de cumplir 80 años de vida. ¡Cuánta memoria cultural del sur de Chile habrá acumulado en ese trance! La mayor parte de ellos con la literatura como su estandarte existencial. Aprendí a respetarla y quererla por ello.

Mi historia con ella es una historia de reconversión, desde la desconfianza hacia la fraternidad. Lo explico.

Cuando con mi familia llegamos a residir a la provincia del gran lago, eran años de dictadura y las personas que no podíamos ejercer la literatura libremente -porque los censores militares la consideraban pervertida o antipatriota- veíamos que la Toña se desplazaba por los territorios comunicando sus cartas y sus versos sin ningún tipo de restricciones. Su literatura registraba las andanzas del espíritu, especialmente el de la infancia y el amor por el terruño natal, pero no habían noticias del drama por el que atravesaba el país. Tal fue la razón de la desconfianza.

Con los años comprendí que, aún así, ella mantuvo la bandera de la literatura en lo alto del mástil y que era esa la misión que se había dado, por sobre la sospecha de colaboración con un orden a todas luces réprobo, en un ambiente signado por la violación a los derechos humanos.

Cuando en 1984, lejos aún de la democracia, pude publicar mi primer libro –Karra Maw´n - un libro jodido para la época y jodido aún en el presente- la Toña fue de las primeras que apoyó esa escritura, a pesar de situarse muy lejos de su estilo. Me maravilló su generosidad y su amplitud de criterio. Reconocí en ella a una mujer y una escritora consecuente. No porque ello complaciera a mi persona en particular, sino porque la valoración sobre ese escrito implicaba un riesgo en los estándares de aquel tiempo.

Un lustro después, cuando comenzamos a compartir muérdagos (en los que ella es jardinera principal) y vinos blancos (en los que la Toña las sabe todas, en relación con cepajes, procedencias, temperaturas y oportunidades para beberlo) nuestra amistad alcanzó esa altura desde la cual todos los valles tienen la misma importancia y toda peripecia humana merece un brindis. O sea, disfrutamos de la fraternidad, acaso la manifestación superior del afecto, cuando ya no importa como piensa el otro, porque estás conectado con su alma.

Lo primero que me marcó de su imagen fue el hábito de presentarse con sombrero alado en toda situación pública, lo que fue imitado por las escritoras que le sucedieron. Sin duda, algo no sólo poético, sino también mágico hay en el atuendo. La Toña, como el Principito, está muy consciente de los ritos y los aborda con frescura. No los sufre, sino que los disfruta.

¿Qué he aprendido en mi amistad con la Toña? He aprendido a respetar y amar en la diferencia. A reconocer la nobleza del espíritu humano por sobre ideologías y creencias. Y a celebrar el privilegio de sentirse parte de una comunidad.

En lo personal, no creo en otro poder que no sea la energía. Con su empeño escritural, Antonieta Rodríguez ha alimentado el ejercicio de la lectura y la escritura en el sur de Chile. Ha favorecido la fraternidad entre los oficianes y ha puesto especial atención en la infancia, el porvenir del mundo.

¿Qué le deseo a la Toña en su octogenario? Que escriba “Cartas desde Chile”. Que escriba, porque se la puede, su historia llanquihuana y chaitenina a todo el mundo.

---

(c) Clemente Riedemann.

Publicado en Facebook, 5 de enero de 2022.